

El Museo Histórico

Félix Lizaso

No podía haberse inaugurado en oportunidad más propicia la Sala de Historia del Museo Nacional, que la del día del natalicio de José Martí. Porque está de tal modo unido su nombre y su obra a la historia de Cuba, que son términos que se confunden en la devoción popular. Por eso, y porque el Centenario



de Martí fué coyuntura propicia para contribuir a la construcción del Palacio de Bellas Artes, que de otro modo tal vez no estuviera aún inaugurado, hicieron bien los directores del Museo en conmemorar esa fecha abriéndolo al pueblo, que ha podido así darse cuenta de que tiene un verdadero Museo, ya clasificado y ordenado del modo preciso en que lo ha sido, —un Museo digno de nuestro país—. Todos sabemos lo que había sido esa dependencia desde que se creó hasta esta hora decisiva: un hacinamiento de los más diversos objetos históricos y artísticos, sin posible ordenación, porque su creación hace más de un cuarto de siglo lo fué más en el papel que en la realidad,

desde el punto en que no se le dotó en ningún momento del edificio adecuado, llegando con los años a ser un simple local en que las donaciones apenas tenían cabida. Para que un Museo cumpla su cometido, que comparta no sólo la conservación en las mejores condiciones de los valiosos objetos que alberga, sino la lección de las condiciones de los valiosos objetos que alberga, sino la lección continua de la historia, con sentido educacional, requiere como condición precisa que responda a un proceso de la historia. Y eso es lo que se ha hecho con cabal sentido de nuestra realidad.

Siempre tendremos que partir de la gratitud que la República debe a su antiguo director, el notable pintor Antonio Rodríguez Morey, quien ha consagrado lo mejor de su existencia a cuidar y restaurar cuantas obras llegaron al Museo, muchas de ellas en gran estado de abandono. Su labor en ese sentido ha sido ejemplar, y sus sufrimientos, muy superiores a los goces que su cargo le haya podido producir, desde el momento en que ha tenido que vivir vigilante de un tesoro sin protección de ninguna clase, con escasísimos elementos para su cuidado y conservación. Recordamos muy bien la profunda alegría que le produjo la iniciativa de crear el Museo Nacional, y cómo por años estuvo pendiente de los progresos y alternativas del proyecto. Pero cuando el momento llegó, pudo tener la satisfacción de que sus méritos se pregonaran, como no podía menos de suceder, y fué así como el doctor Octavio Montoro, presidente del Patronato de Bellas Artes y Museos Nacionales, hizo reconocimiento de sus méritos y de la gratitud de los cubanos.

Ha sido, a nuestro modo de ver, un éxito del propio doctor Montoro y de las personas que con él han colaborado, entre las que hay que mencionar además el señor Rodríguez Morey, a los asesores doctor José Manuel Pérez Cabrera y señor Pérez Acevedo, la instalación de este Museo histórico en las salas del Palacio de Bellas Artes. Se había dicho, y el propio doctor Montoro lo pensó en un principio, que solamente las Salas de Pintura y Escultura quedarían en él instaladas, reservando para la parte histórica el edificio del Convento de San Francisco, que por constituir de por sí una valiosa arquitectura colonial, sería su sitio más adecuado. Pero llegó un instante en que la urgencia de salvar lo aún salvable de aquellos tesoros históricos, expuestos a tantos y tan largos pe-



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

ligros, —al punto de que la amenaza creciente de destrucción se vió más clara cuando se hizo preciso restaurar muchos cuadros valiosos, que puestos a la luz y examinados cuidadosamente dejaban ver las huellas del largo proceso destructivo, comprobándose que más de uno estaba prácticamente perdido,— fué razón decisiva para no hacer esperar por más tiempo su debida instalación. Y en un tiempo limite, y en condiciones inmejorables de sitio y espacio, podemos decir con orgullo que contamos ya con el Museo histórico que tanto necesitábamos poder presentar a la curiosidad de propios y extraños. Y hay que añadir esto: un Museo ordenado con arreglo a normas precisas, que ofrece en sí una lección constante del acontecer histórico, desde nuestra vida colonial hasta los primeros años de la República, destacándose sucesos y hombres, especialmente las grandes figuras rectoras de la conciencia nacional y los esfuerzos independientes, que culminan en las grandes figuras de la Independencia. Y cosa curiosa que conviene explicar: junto al generalísimo Máximo Gómez, al Lugarteniente Antonio Maceo y al general Calixto García, que se encuentran muy bien representados por objetos y reliquias, contrasta la pobreza de símbolos acerca de Martí. ¿Cuál es la razón? Martí está en muchos otros sitios: en la Casa Natal, en el Museo Bacardí, en la Fragua Martiana, y el Museo Nacional resulta pobre en sus reliquias. Sin embargo, el Museo conserva una de las más importantes: la primera carta de José Martí a su madre, escrita a los nueve años, fechada Hanámana, 10 octubre 23 de 1862. Esa reliquia es suficiente por sí sola para dar interés al espacio que se le consagró.

Ya podemos decir que nuestra historia está representada en el Museo Nacional. Ahora cumple al pueblo de Cuba rendirle el tributo de su visita constante. Quisiéramos ver, como hemos visto en México cada vez que hemos visitado sus Museos, que los padres y madres están allí, en sus grandes salas, llevando de la mano a sus pequeños hijos, que contemplan con ojos extasiados el relato de las hazañas de sus héroes. ¡Cuántas veces hemos oído en el Castillo de Chapultepec la relación de las hazañas de los Niños Héroes, mientras los pequeños se quedaban embelesados y como en éxtasis!

Chm, feb 5/56



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA